

Semblanza del doctor Raúl Fournier

El recuerdo del maestro Raúl Fournier trasciende motivos personales de carácter afectivo, para situarse en el plano de lo que la Medicina mexicana no puede ni debe olvidar, particularmente en estos tiempos en los que, como dijera el médico y filósofo francés Georges Canguilhem, autor del libro *Lo normal y lo patológico*, la ciencia le ha robado a la conciencia del paciente su enfermedad, entendida ésta como vivencia, como experiencia que está sufriendo la persona. Este robo no empezó ahora, pero en nuestro tiempo ha llegado a ser escandaloso por la contribución de varios factores, entre los que citaremos la dogmatización del modelo biológico-lesional de enfermedad, que únicamente permite ver órganos y tejidos alterados patológicamente, al abuso de la tecnología y a la masificación de la atención médica a la que se hace responsable de los escasos minutos que el médico le dedica al paciente como persona.

Con Fournier llevé la clase de “Clínica de Aparato Digestivo”, allá por 1945. Entonces podíamos seleccionar a los maestros, elección en la que intervenían diversas razones o motivos: porque se trataba de un maestro “barco” que pasaba a todo mundo, es decir, que no reprobaba a nadie. O bien, porque con ese profesor sí se aprendía, aunque por supuesto fuera exigente.

La clase del maestro Fournier tenía fama de amena. Muchos años tuvieron que pasar para que yo antepusiera a tal calificativo el de cátedra sabia. Fue hasta que pude distinguir entre conocimiento y sabiduría, hasta que supe que lo primero es un simple estar al tanto, al corriente en la bibliografía sobre determinado tema o campo, mientras que la sabiduría es en primer lugar la capacidad de decidir qué es lo fundamental y lo secundario de un cuerpo de conocimientos, el entender que —como tantas veces se ha dicho— quien únicamente de Medicina sabe no sabe ni de Medicina y, en fin, la posibilidad de aplicar armónica y adecuadamente los conocimientos adquiridos.

En la época que rememoro, los cincuenta minutos o las dos horas de clase formal —enseñanza programada, se dice ahora— era lo de menos, lo más importante era ese convivio en el pabellón 29 de este Hospital General tanto en las sesiones clínicas como en la visita a los enfermos encamados. Así me hice médico y así sigo creyendo que es la única manera como se hacen los médicos: conviviendo al lado de verdaderos maestros, que no son los que atesoran montañas de conocimientos, sino los que a la información fundamental agregan la capacidad de conmover al alumno de tal manera que de ahí en adelante él, con sus propios medios, se preocupe por apropiarse conocimientos y, tal vez, por algún día ser sabio.

Quién sabe de dónde nace la afinidad entre dos o más personas. No creo que aquí, como en ningún acto humano, podamos echarle la culpa o atribuirle el mérito al destino; creo, como Rainer María Rilke, que cada uno de nosotros llevamos dentro nuestro propio destino: “Se aprenderá también paulatinamente —dice el insigne poeta— que lo que llamamos destino viene de dentro de los hombres, y que no entra en ellos desde fuera. Sólo porque tanta gente no absorbió su destino mientras vivía en él y no lo transformaron en sí mismos, no supieron lo que de ellos salía” (*Cartas a un joven poeta*).

El destino que me unió a Fournier fue cierta concordancia entre su manera y mi manera de ver la vida, de sentir y ver la Medicina. Gracias a tal relación, lo que yo tenía adentro brotó, se desarrolló y —como debe ser— en algún momento siguió su propio camino, es decir, se reafirmó como destino propio.

Para Fournier, el vivir era una serie de actos lúcidos, sabios. A lo serio, a lo solemne, se le despojaba de estos atavíos para vivirlo más sincera y honestamente.

Los domingos, a la sombra de uno de los árboles del hermoso jardín de la casa del maestro, leíamos cuentos, novelas y poemas. Entre semana, solíamos ir por las galerías de pintura,

entonces unas cuantas, y ayudarle a cargar el óleo que compraba, muchas veces en abonos.

Al aprendizaje en el pabellón 29 del Hospital General se agregaba esta enseñanza a ver pintura y a escuchar literatura. En el trato con los enfermos se sentía la penetración, la afabilidad, la capacidad para descifrar signos, que por supuesto no se aprende en los libros de Anatomía o de Bioquímica, sino en el trato cotidiano con el arte.

Con la semiología clínica y con la semiótica del arte y la sensibilidad que éste proporciona, el maestro Fournier hacía en el pabellón 29 una clínica absolutamente diferente a la que se llevaba a cabo en el resto del hospital; ahí el enfermo era el centro del interés de los médicos. Todavía no se usaba el término de Medici-

na Humanística, pero esto era lo que hacíamos al lado del maestro.

El doctor Fournier fue un experto en el arte de vivir. Tal característica, unida a la ciencia médica y a su disfrute de la pintura y de la literatura, dio por resultado que cuando fue director de nuestra Facultad de Medicina se llevara a cabo la reforma en la enseñanza, que a mi juicio ha sido la más importante de los últimos años. A treinta años de distancia aún estamos luchando por consolidar los caminos que él abrió hacia una Medicina del hombre en su totalidad y hacia el conocimiento del pasado de nuestra disciplina, para de este modo entender el presente y modificarlo racionalmente.

Dr. Fernando Martínez Cortés